

su destino estará definitivamente en sus manos. En una palabra, el conflicto entre el Bien y el Mal estará introspectado en el ser mismo de Matraga; la fuente de su conflicto no será más el estar en el mundo. Dentro de sí, él se tornará, se *erigirá*, en un héroe verdadero, dividido por la duda, acosado por el drama silencioso que carga solitariamente. El mismo lector sagaz de hace unas páginas ya se habrá dado cuenta de que el papel de Matraga en el mundo esta simbolizado en la marca que sus perseguidores herraran, para su indecible humillación, en plena nalga<sup>3</sup>. Insertar el triángulo equilátero (la trinidad) en una esfera (el planeta, la continuidad, la vida); iluminar desde adentro (iluminarse), haciendo brotar lo sagrado estático en una forma que se asocia al movimiento perpetuo; lograr el sin tiempo en el tiempo: ésta es la misión de Matraga, éste el eje en cuyo fin, «su hora» y «su vez» se dibujan como horizontes. El ex-pecador Matraga pasará por tres etapas antes de alcanzarlos<sup>4</sup>. La primera de ellas es la de eremita.

Con sus protectores negros, ahora vemos a don Augusto abandonar las cosas de su mundo anterior, retirándose a la única propiedad que le queda: una finca diminuta, olvidada en un yermo del Sertón. Su cuerpo escoriado vuelve a funcionar haciendo posible su dislocamiento en el espacio, pero su alma se sumerge en una nube de gris expiación. En aquel lugar, Augusto dará de comer a todos —trabajando por tres, por tanto— y poco a poco recuperará algunas de sus fuerzas, al igual que una relativa autosatisfacción proveniente de su determinación moral, puesta a prueba día con día. Los años pasan; se le moldeaba en el rostro la expresión solar de una nueva barba cuando un evento que adelante explicaremos dará fin a esta primera etapa de su ascesis. Antes de llegar a él, regresemos a Dahlmann.

Decíamos que el estado de Dahlmann había mejorado al punto de que un médico le llega a prometer una breve salida. Conforme una de las dos lecturas de lo que sigue a continuación —digamos, en una lectura «realista»— estará el lector lidiando con el hemisferio despierto del héroe, con el universo de lo verosímil mimetizado en una escritura que hace continuamente referencia al mundo exterior, en el cual, por orden cronológico, cada cosa sucede a otra en el suceder aparente de la llamada vida real. En esta primera lectura, el héroe amanecido trajina por una Buenos Aires que se le aparece como nueva, como recién inventada. El aire del otoño recién inaugurado metaforiza para Dahlmann su salida del infierno, del dolor continuo, de la pesadilla estival que sufriera preso en el lecho, donde había sentido por momentos romper el frágil equilibrio entre vida y muerte. Al aproximarse a la estación de ferrocarriles, en fin, dirigiéndose a la soñada estancia heredada del inmarcesible abuelo materno, Dahlmann reflexiona sobre la esencia misma del sur al cual se está dirigiendo. Allá

<sup>3</sup> Es forzoso remitir la lectura al cuidadoso ensayo de Walnice Nogueira Galvão: «Matraga, sua Marca». En: *Mitológica Rosiana*; São Paulo, Atica, 1978.

<sup>4</sup> Agradezco a Ana Luiza Andrade las valiosas sugerencias en lo referente a la tipologización del «pecador-santo» como figura literaria.

todo es más sólido, más verdadero; o tal vez la gran diferencia sea que, en ese espacio mítico, las cosas corresponden unívocamente a su apariencia. Allá forma y fondo coinciden; además de eso, fuera del ambiente inútilmente acelerado de la capital babélica, es en él donde persisten las mejores tradiciones: en el Sur la «Última Thule» del heroísmo.

*Locus amoenus*, campo de batalla. A medida que la pampa avanza, cada elemento del paisaje adquiere un significado más profundo para el convaleciente Dahlmann. La propia idea del Sur todo lo imanta, recubriendo el viaje con el barniz de la aventura. Como Matraga, Dahlmann va feliz al encuentro de «su hora» y de «su vez» en el Sur en el cual, entre todos los momentos y todas las posibilidades, su brújula interior eligirá un único punto privilegiado para el cumplimiento de su destino.

Sorprendentemente, debido a un imprevisto, el tren en que viaja Dahlmann tiene que parar una estación antes de lo programado. En el bar de ésta, y mientras espera otro taxi que lo llevará a la ancestral estancia, inmerso en una atmósfera de encantamiento, observa a unos hombres que lo rodean: unos jóvenes un tanto tomados de cerveza y un gaucho —rostro indio arrugado dentro de un cuerpo obstinadamente seco— de esos que ya no existen. El dueño del bar, demasiado solícito, le urge la calma cuando, inesperadamente, algunas bolitas de pan comienzan a llover sobre su cabeza. Al principio Dahlmann trató de ignorarlas; ahora que fue alertado por el dueño del bar, que había reconocido su verdadera identidad, el código de honra ya no le deja otra salida. Después que el viejo gaucho totémico le tira un cuchillo a los pies, impulsándolo a partir para la lucha, para la cual había sido provocado por el menos sobrio de los valentones presentes, ya no queda alternativa que no comprometa su fama y el nombre de su familia.

Inundado por una especie de arrebatadora felicidad, el bibliotecario Juan Dahlmann acepta el riesgo de la contienda y, supervalorando suicidamente sus genes y su fuerza, sale a la calle crepuscular de una villa del Sur para el encuentro de la muerte —bajo el auspicio de un cuchillo que brilla como la redención—.

Según esta lectura del cuento borgiano, el accidente sufrido por el personaje habría servido para detonar en él un designio atávico todopoderoso y, naturalmente, para ratificarle emocionalmente sobre la certidumbre de su decisión al escoger un linaje criollo, combativo hasta el punto de la anulación y del suicidio. De esa forma, no admira que Dahlmann sienta algo semejante al estado de gracia al ir al encuentro de una muerte espuria y absurda, considerada allende los límites del código de honra que la condicionara. En una palabra, su muerte implicaría la resolución de los componentes conflictivos de su personalidad ya mencionados; en esta

lectura, un Borges todavía impregnado de filosofía determinista, en lo relativo a un regionalismo romantizante y mitificador, se dibuja, preñada de una gran intensidad dramática. En una segunda lectura, a la que en adelante nos referiremos, otros datos inciden, enriqueciendo la tesitura del cuento. Como veremos, el esquema del relato se torna poroso a la artisticidad del autor; trabajando en los intersticios, se insinúa otro discurso. Ahora, en tanto, conviene retroceder a Matraga.

Fueron siete años de su retiro en aquella pequeña localidad. Le cuesta mucho, pero don Augusto consigue templar su genio, a pesar de los reveses siempre de poca monta. Un ejemplo: Tião da Tereza, excompadre, lo descubre mientras comerciaba por los alrededores de su finca eremeteria, sólo para castigarlo con una enorme culpabilidad. Manifestándole desprecio, tratándolo mal, el viejo amigo de pasadas valentías lo pone a la par de los desdoblamientos de su vida anterior. Como era de preverse, la exmujer sigue unida con el rival, pero la hija, desgracia mayor, había escapado, prostituyéndose. Más allá de lo dicho, Quim Recadeiro, su antiguo camarada, acabó muriendo por él, Matraga, al intentar vengar la pretendida muerte del expatrón. Tomar conciencia de esos sucesos desmoraliza a nuestro héroe. Su castigo está así completo; su honra, definitivamente acabada a los ojos del mundo, representado por Tião da Tereza. Matraga sufre, se rebela, más su declive a las actitudes violentas es impedido por la providencial intervención de los negros tutelares.

La búsqueda de la salvación espiritual vence a la erupción de la Honra; al no ceder a los malos impulsos revanchistas, al desligarse definitivamente del universo del amor propio, de las necesidades de afirmación super-egóicas, Matraga en la misma medida se integra al más auténtico universo cristiano de la Justicia. Hacer el bien y no permitir que se haga el mal es la misma cosa para la ética del cristiano; veremos más adelante cómo la trayectoria de Matraga estará marcada por la defensa del Bien contra el Mal. Por la voz de Tião da Tereza, emisor del pasado, visiones y tentaciones como las de San Antonio en el desierto, se le ofrecen al héroe; sin embargo, la fuerza espiritual, la determinación tan individualista de «entrar en el cielo, aunque sea un porrazo» lo domina poco a poco. Su recuperación es igualmente rápida. De purgación el trabajo se torna en placer; placeres también, el cigarro y el estar vivo.

Pero no eran aquellas las más serias tentaciones con las que se depararía Matraga, puesto que no luchan contra su hombría aventuresca. Inspiradores de rabia o culpabilidad, los acontecimientos con la mujer, la hija y el empleado no envuelven su pasión por la violencia y además, son *faits-accomplis*, por lo tanto, insalvables. La verdadera prueba de Matraga se da en su encuentro con el jefe de una pandilla de bandidos (*cangaceiros*),

Joãozinho Bem-Bem. Venidos del Norte, él y sus valentones piden abrigo en la villa aterrorizada, dando ocasión a que Matraga se explye en amabilidades para tratarlos como los huéspedes más deseados, indispensables. Nuestro héroe está fascinado por la vida del *cangaço* personalizada en los forasteros: los mide y los mira con avidez, con avidez les toca partes de los cuerpos y los sirve, y quiere, quiere ser uno de ellos.

El pausado Joãozinho Bem-Bem reconoce en Matraga un alma afín («nuestros ángeles de la guardia combinaron») y lo convida, después del opíparo almuerzo, a integrarse al grupo en la hora de la partida. Como resultado de este convite, que objetiva el conflicto entre el penitente Matraga y el mundo de la acción, vamos a dar inicio a la segunda fase de su ascesis. Acosado por la duda entre actuar, entrando en el mundo violento del *cangaço*, o continuar reducido a su trabajoso retiro, Matraga dialécticamente opta por una tercera salida: peregrinar por el mundo.

En términos religiosos, la solución del conflicto arriba dibujado es el apostolado; en otros términos, es posible metaforizar el ciclo hasta ahora vivido por nuestro héroe sertanero como la transformación de larva en mariposa, pasado su período de envoltura en el capullo que se equilibra en la morera —o en el alma—.

Si en la lectura realista de «El Sur» Dahlmann elige ciega e irrevocablemente el código gauchesco de honra en el último momento de su vida, resolviendo bajo la presión de los acontecimientos la oposición letras/armas que hereditariamente se le presentaba, Matraga, como ya anotamos, apoyado por un motor de generación de goces espirituales según los cánones de la fe cristiana, abandona las tentaciones de un mundo regido por la honra para continuar buscando la redención más allá del marco de lo terrenal. Ahora lo vemos abandonar su finca en estado de embelesamiento interior, montado en un cristianísimo burrito, que elige el camino llevando a costas al nuevamente corpulento don Augusto.

Los ojos por primera vez vírgenes de nuestro héroe descubren la poesía insospechada de la flora y de la fauna tropicales, acompañando las guacamayas (las «maracanas») hasta que desaparezcan detrás de las montañas, y gozan de nuevo con las formas voluptuosas de las mujeres; es la fruición total lo que siente el amanecido Matraga, por bien decir, héroe franciscano —sertanero *fratricello*—, en este momento. Conforme en su humildad, el mundo le es sublime; en total empatía con el ambiente y consigo mismo, Augusto y su burrito (¿guiados tal vez por la Divina Providencia?) «venían deveras para el Sur, siguiendo la dirección de las *maitacas* (guacamayas) voladoras»<sup>5</sup>. *Maitacas*, Matraga, héroe-ave migrante. Hay una correspondencia fónica que naturalmente Rosa consideró entre el nombre

<sup>5</sup> En el Dicionário dos Animais de Brasil de Rodolfo Von Ihering (São Paulo, 5. ed., 1940), hay dos notas que se acercan fonéticamente al apellido del héroe, Matraga. La primera, usada tal cual en el texto es «Maitaca»: «Comprende las tres especies del género Pionus. (...) Son generalmente nombradas como ejemplo de animales parlanchines y ruidosos. Dícese también Baitacan, forma que se aproxima a la dicción original indígena, que es Mbatéa.(...)». La segunda nota, fonéticamente más sugestiva, es «Matraca»: «El mismo que Borrallhara (Batará cinerea). Borrallhara o «Matraca»: Pájaros de la familia de los Formicarpideos, del género Tharnnophuus, al cual también pertenece (...) el 'Mbatara' de la Amazonia (...)». Curiosamente, Von Ihering no menciona la acepción popular de matraca —persona ruidosa, que habla demasiado, o instrumento musical de origen africano que produce una sonoridad aguda— que corresponde a aquella de «Maitaca».